

ligión y del orden tienen la obligación de unirse en estrechísimo lazo. Venid esta tarde á comer conmigo, en mi casa; hallaréis á algunos camaradas vuestros, y hablaremos largo y tendido.

Un si es no es corrido por la facilidad con que el barón parecía haberse apoderado de él, Teddy murmuró algunas palabras de asentimiento. Estrecháronse la mano, y Sturmer alejóse; sus labios irradiaban una sonrisilla de satisfacción.



CAPÍTULO IV

UNA INVESTIGACIÓN

AQUELLA misma mañana, el mayor Campbell ingresó en el cuartel de los House-Guards, y encargó que pasaran su tarjeta al generalísimo. Las once estaban al caer. Casi al instante volvió el ordenanza, quien le introdujo á la presencia de lord Hill.

El famoso veterano de las guerras de España cuya popularidad sólo en un ápice era inferior á la que gozaba el Duque de Hierro antes de adoptar una modalidad política, estaba sentado ante su mesa, solo. Al penetrar Campbell, se levantó, estrechóle la mano con brusca sinceridad y, con un gesto, le indicó una silla.

—Me place teneros á mi vera, mayor Campbell. Vuestro coronel me ha hablado de vos como del jefe de batallón más selecto con que cuenta el regimiento. Ojalá abundasen los hombres de vuestro temple.

El escocés, sin decir palabra, saludó; le estremecía de orgullo el recibir la felicitación de su jefe.

—En vista de lo que me dicen de vos, os he rogado que viniéseis á verme—prosiguió el generalísimo.—Quisiera encargaros una misión sumamente grave y espinosa. A vuestro jefe no se la habría podido encargar con igual ventaja, pues él no goza de las oportunidades que vos podéis utilizar para el esclarecimiento de la verdad. Al propio tiempo, no quería encargar el asunto á otro militar menos antiguo; los muchachos tienen la cabeza á pájaros: no piensan más que en el *flirt* y en el corte de los vestidos.

Campbell se inclinó de nuevo. Era lo bastante sesudo para callar hasta que una ocasión le exigiese ineludiblemente el uso de la palabra. Lord Hill notó eso muy bien, y el silencio del mayor le plugo infinito.

—Veo, señor Campbell, que sois un hombre prudente; puedo confiar en vos. Pues bien, el asunto que me ha movido á llamaros es muy grave. ¿Reparásteis en algo importante, en orden á los desafíos que han tenido lugar recientemente en el ejército?

—Nada había observado, señor... Pero en vista de vuestras palabras reconozco que, á la verdad, el número de los duelos ha aumentado sensiblemente en la etapa postrera.

Lord Hill movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sospeché que hablaríais en ese sentido. Pero tened por cierto que os engaños. Los desafíos *en el ejército* no han aumentado, casi podría opinarse que han disminuido.

Campbell miró á su superior con expresión interrogadora, pero sin despegar los labios.

—¿No dáis con el sentido de mis palabras? Voy á declararlo. Los desafíos menguaron en general en el ejército; los desafíos en los regimientos de la guardia son *mucho más* numerosos. ¿Entendido?

—Me parece que sí, milord. Sin duda yo he formado mi impresión

por lo ocurrido en regimientos con los cuales me he familiarizado más. En mi propio *mess*, por ejemplo, ocurrieron, en un año, dos desafíos mortales.

Lord Hill irguióse bruscamente en su sillón, fijando en el mayor una severa mirada escrutadora.

—¿Habéis pronunciado deliberadamente vuestras palabras, señor? Acabáis de poner el dedo en la llaga. Ya no se trata de que crezca el número de los desafíos, sino de que los desafíos de la guardia son siempre mortales.

Pronunció las últimas palabras con un énfasis que heló el corazón de Campbell, mientras se precisaba en la mente del subordinado una terrible idea que las intensificaba todavía.

—De ordinario se desafían á pistola, actualmente—acabó por decir en tono inseguro.

El generalísimo movió la cabeza.

—Este pretexto es inútil. No creo que esta sea la clave de la repetición de sucesos tan lamentables. Necesito saber la causa de esa anomalía. Os escojo á vos para llevar á cabo la investigación; parecéis el

más adecuado para este cargo. ¿Qué decís á eso?

—Haré cuanto me sea dable, señor.

—Muy bien. Me gustan las respuestas de este tenor. Tomad cuantos permisos necesitéis; os daré unas líneas para vuestro coronel. Visitad los diversos batallones, inquirid lo oculto cuanto podáis. Advertidme si dáis con un rastro sospechoso. Y cuidado con decirle una palabra á nadie. ¿Entendido? Muy bien.

Mientras pronunciaba estas palabras entre tropiezos, el generalísimo borroneaba una carta. Secó la tinta con arenilla, sellóla rápidamente y la tendió á Campbell; éste se levantó para tomarla.

—Dad esto al coronel Norris. Le ruego que os conceda cuantos permisos necesitéis. Quedáis encargado de una misión confidencial. ¡Hasta más ver, mayor Campbell!

—¡Hasta más ver, milord!

El mayor se retiró, profundamente impresionado por la comunicación de lord Hill, y rebuscando en su mollera el medio de emprender la grave inquisición.

.....

Mientras Campbell se ocupaba en ello, su joven amigo se entregaba á una distracción hartó más gustosa.

Teddy, apenas se vió libre de la presencia del temible barón, se dispuso á salir. Por no haber regresado todavía su criado, hubo de emplearse él mismo en vestirse. Su traje de paño verde-botella recordaba por el corte lo que hoy llamamos «cola de urraca». Llevaba dos chalecos, uno de los cuales, el exterior, era de raso color de espliego. El sombrero, precursor del sombrero actual, se parecía bastante á un tiesto invertido, angosto en la punta, de alas anchas y muy levantadas. Las piernas se ajustaban á capricho dentro de una vestidura apretada como las mallas de una bailarina, que acababa por adaptarse á un calzado refulgente, sujetado por cordones de seda. Colgó de su cuello una cadena de oro, poniendo sus extremos en cada uno de sus bolsillos; y luego de calzar unos guantes de piel, hallóse en disposición de dar un paseo por el Pall Mall.

En un rincón de la estancia estaban media docena de bastones de ébano ó de caña. Escogió el más im-

ponente, adornado con bellotas de color llamativo, y salió á la calle.

—Vamos al Circulo—se dijo resueltamente al salir del cuartel, y se dirigió al Este.

No había aún el teniente atravesado el umbral, cuando un quidam vestido de palafrenero, que estaba apoyado en la pared de enfrente, con los ojos entornados, se avispó y empezó á seguirle, arrastrando el paso, pero á distancia, teniendo mucho cuidado en no perder de vista al oficial.

Al principio Teddy continuó alegremente su ruta en dirección á Saint James Street. Pero al cabo de algún tiempo, cual si obedeciera á una fuerza invisible, describió una parábola irregular que le llevó finalmente al rincón de Hyde Park en el cual el Apsley House mostraba aún los postigos de hierro que obligó á colocar la necesidad de proteger al vencedor de Waterloo contra la hez de Londres.

Al llegar allí sintió vacilar su resolución, y se detuvo uno ó dos minutos. No reparó en el bigardo que se detenía al mismo tiempo en la

acera, ante el hospital de Saint-George, y se arrimaba á una pilas-tra, lanzando una ojeada al oficial de vez en cuando.

—¡Es absurdo! ¡Voy á bajar á Picadilly!—exclamó Teddy al fin. Y desde allá arriba, volviendo la espalda á Picadilly, se dirigió á buen paso á Kensington.

En aquella época, el parque de Kensington se hallaba en el propio arrabal de Londres. Cuando Hervey hubo llegado delante de la añeja ventana donde se levanta hoy el monumento del Príncipe Alberto, pudo gozar de una soledad interrumpida únicamente por un individuo que se paseaba, bigardeando en pos de él, aparentemente por mero capricho y sin objeto alguno. Encantado por la soledad de aquellos parajes, el teniente avanzó en mitad de los árboles hacia el nordeste, hasta llegar, más allá del lago, á la reja que separaba el parque de los jardines particulares del palacio de Kensington.

Teddy hubo de detenerse allí.

Después de examinar curiosamente las paredes del palacio, pregun-

tóse en qué lugar de aquel edificio tan fértil en anfractuosidades podría ocultarse su prometida. Dió media vuelta, y paseó algún tiempo sobre el césped, junto al edificio, muy atento á las ventanas. Luego, imaginando súbitamente que tal vez se había puesto demasiado en evidencia, se batió en retirada y se fué por el camino que conduce á Kensington High Street á Oxford Road.

Allí se sentó en un banco, en espera de algo indefnido. Entonces notó que un sujeto que parecía un mozo de cuadra bigardeando, mataba el tiempo junto al lago echando migas á los ansarones.

De pronto el joven se levantó del banco, lanzando una exclamación de júbilo. Una niña en traje de muselina blanca, y sombrero verde oscuro, llegando de la parte de palacio, se dirigía hacia él.

El la saludó con todo su aplomo juvenil. Pero su presunción iba á recibir un rudo golpe.

—¿Qué significa ese comportamiento, Eduardo?—preguntó ella con dureza, simulando no advertir que él la tendía la mano.—¿A qué esos

paseos bajo las ventanas? ¡Cualquiera supondría que soís un ladrón en acecho! Si no os preocupáis en lo más mínimo de vuestra dignidad, acordáos de la mía. ¿Queréis convertirme en juguete de las burlas palaciegas?

—Querida Fanny—dijo Teddy tartamudeando, agobiadísimo—no creí que ibais á enfadaros. Vine tan solo con la esperanza de columbraros á mi paso tras una ventana...

—Eduardo, basta de chiquilladas. ¿Ofrezco alguna particularidad que motive estas ansias de verme á distancia?

Un enamorado no podía desaprovechar la ocasión que ofrecían estas palabras. Eduardo se puso al instante á hablar con calor, respondiendo á esa pregunta, y acabó con determinadas expresiones que parecieron impresionar favorablemente á su interlocutora, pero que le iban á parecer al lector ininteligibles y sándias si las reproducíamos en estas páginas.

—Bien, Teddy, ya basta—dijo Fanny muellemente al cesar los elocuentes períodos del joven oficial.—

Pero no debiérais haber venido tan pronto. Imaginad que la princesa os ha visto.

—¿De veras? Espero que no se habrá enojado.

—No, no se ha enojado, más bien parece haberse holgado con el lance. Hallábame en su tocador cuando reparamos en vos. Me ha preguntado quien érais, y yo se lo he dicho, y le he confesado que érais uno de mis amigos. Sonrió al escucharlo y me preguntó si me gustaría salir media hora á pasear por los jardines.

Teddy murmuró una bendición para Su Alteza Real.

—Insinuéle que tal vez tendríais para mí algún encargo interesante, y ella me dijo: «Decidle al señor Hervey que en tales casos será siempre laudable su presencia junto al palacio». Temí que se burlase, pero no osé entrar en más averiguaciones. No me amedrenta la princesa, pero en cuanto está delante me infunde muchísimo respeto.

Teddy reflexionó un instante. ¿Confiaría á su prometida las alusiones que se le habían dirigido, la peligrosa naturaleza del sendero que

estaba él recorriendo? Juzgó conveniente prepararla á cualquier eventualidad.

—Cabe en lo posible—empezó diciendo—que me vea obligado á aprovecharme del permiso de la princesa Alejandrina.

—No le llaméis Alejandrina—interrumpió Fanny.—Su Alteza Real en persona me ha comunicado sus preferencias por su segundo nombre. Cuando suba al trono quiere que se le denomine Reina Victoria.

El joven se inclinó. Las mágicas sílabas repercutieron en sus oídos como una charanga, y un augurio estremecedor hizo vibrar su pecho, cual si ya experimentara la grandeza de los sesenta años de libertad, de paz y de gloria que habían de inmortalizar aquel nombre en los anales de la tierra.

—Ello puede acaecer más pronto de lo que sospechamos—dijo Hervev.—Ya oísteis ayer noche las palabras de los dos personajes sobre la enfermedad del rey.

—Sí, y creo que la duquesa de Kent ha recibido malas nuevas. Hoy, al verla, creí notar que le dominaba

la zozobra. A propósito, Teddy, luego hereflexionado sobre aquel coloquio, y casi me sabe mal haber prometido guardar secreto. Segura estoy de que se trama algo nefasto.

—Eso es precisamente lo que iba á deciros. Me he enterado además de que el barón Sturmer es hombre peligrosísimo. No sé todavía que designio le mueve, pero tal vez lo descubre á no tardar, porque súbitamente me ha mostrado amistad. Esta mañana vino á verme, y esta noche debo ir á comer con él.

—¡Teddy, me sorprendéis sobremanera! Pero ¿vais á ser prudente, verdad? No dejaréis que ese hombre nos arrastre á algún peligro.

—No, ciertamente, como pueda evitarlo. Pero intento cavar más hondo en su espíritu.—Titubeó un instante, y luego añadió:—Habla harto sesgadamente de vuestra señora.

—¡Qué! ¿Habrás osado permitirse algún concepto contra la princesa?—exclamó Fanny, relampagueándole los ojos.

—No directamente. Pero sostiene que si ella sube al trono, el país quedará en manos de radicales y papis-

tas. ¿Juzgáis que la princesa se incline al catolicismo?

—¡Esto es abominable! No tolero que acojáis semejantes sospechas. Su Alteza Real es tan firme protestante como yo. Y en cuanto á los radicales, me parecen de una lealtad que en nada se confunde con la de los torys. Mi princesa es mi princesa, y aunque fuese mahometana la amaría con el mismo fuego, y si no queréis merecer mi cólera, debéis amarla también.

Formulada con cierta incoherencia esta profesión de fe, la hermosa niña se levantó, dispuesta á partir.

—Un instante—opuso Teddy, obligándole á que se sentara de nuevo.—Observo para con la princesa Victoria una lealtad igual á la vuestra. Si Sturmer ha maquinado alguna intriga contra sus intereses, yo la descubriré, é inmediatamente vendré á ponerlos sobre aviso.

—Magnífico. Hacedlo así, Teddy, y yo me encargaré de enterar á la princesa.

—¿No teméis que mi presencia os convierta en juguete de las burlas palaciegas?

Fanny puso la mano sobre los labios de Hervey, gentilísima traza para amonestarle. Al cabo de un instante distinguió al palafrenero que les miraba desde lejos, y retiró la mano velozmente, aunque no con el impetu necesario para evitar que Teddy se la estrecha con amorosa fiebre.

—Seamos graves, caballero—dijo Fanny levantándose otra vez.—¿No veis que nos está contemplando un hombre más allá del lago?

—¿No es más que eso?—preguntó el teniente, y miró á su alrededor. El vago les había vuelto la espalda y seguía echándoles migas á los ansarones. No se veía á otra persona alguna. El sol resplandecía, el aire discurría embalsamado, los verdes árboles triunfaban y en sus ramas los pájaros cantaban siestas de amores. El atrevido Teddy se inclinó bruscamente.

Al cabo de un instante el espía volvió la cabeza; no vió más que á una niña que regresaba tranquilamente á palacio, esparcidos sus bucles al viento; pero él estaba demasiado lejos para observar la luz de aquellos ojos

y los hoyuelos que dibujaba la alegría á cada extremo de la dulce boca. Por otro lado, un muchacho se alejaba lentamente, cabizbajo, recorriendo la pequeña senda que conducía á Hyde Park. Por su aspecto, parecía haber sido despedido en desgracia.

Antes de llegar muy lejos, el paso de Teddy recobró toda su elasticidad, y al entrar en Picadilly, avanzaba con todo el buen humor posible, tarareando la melodía de una ópera de moda.

A la tarde del mismo día el teniente, fiel á su palabra, estaba en casa del barón Sturmer. Este habitaba en Saint James Square una espléndida morada cuyo mobiliario confirmaba lo que de público se decía de la fortuna del propietario.

La comida era á las ocho. Al entrar Hervey encontró ya á tres oficiales de su batallón: Metcalfe,—el hombre del pelo en forma de hilazas y el rostro manchado,—otro capitán llamado De Vaux y un abanderado llegado recientemente al cuerpo, el vizconde Ely. A decir

verdad, ninguno de los tres era amigo suyo, aunque se hubiese relacionado con ellos en la ordenada intimidad del *mess*.

El barón estaba del mejor humor del mundo; y á cosa de las nueve, cuando se hubo quitado la mesa y empezaron á circular las botellas de sherry y de porto, todos se sintieron muy á su placer. La etiqueta había presidido á la distribución de los lugares; Hervey se hallaba á la izquierda de su huésped, enfrente del vizconde, con Metcalfe al lado, y de Vaux junto al abanderado.

—¡Señores—dijo Sturmer levantándose apenas se hubieron llenado los vasos—os ruego que dediquemos un *toast* á la salud del Rey!

Los cuatro invitados, poniéndose inmediatamente de pie, vaciaron sus vasos. Pero el *toast* se llevó á cabo con especial solemnidad; y apenas se hubieron sentado otra vez, Metcalfe preguntó:

—¿Llegaron nuevas noticias de Windsor? Las postreras dan á entender que el Rey se encuentra seriamente enfermo.

—El Rey está seriamente enfermo

—repuso con aire de circunspección el Hannoveriano.—Es imposible prever el curso de los acontecimientos, pero soy de parecer que estamos en visperas de una crisis que va á exigir todo nuestro valor y toda nuestra lealtad.

—¡Mejor!—exclamó de Vaux, en cuyo rostro ceñudo parecía leerse constantemente una expresión de amenaza.—Digo, como no queremos ver á la Iglesia derribada y á la aristocracia compelida á la fuga por una rebelión popular.

—Ese acontecimiento puede ocasionarnos un éxito ó una derrota—dijo el barón.—¿Qué opináis, lord Ely?

—Me sumo al parecer de de Vaux. Todo se me figura excelente, con tal de aplastar á esos malditos miserables—respondió el vizconde, que no se había quedado atrás en el *match* de las libaciones.

—Es una gran fortuna para nosotros el disponer de un jefe resuelto á defender la causa del protestantismo, de la ley y del orden—dijo Metcalfe.—Con Ernesto, duque de Cumberland en el gobierno, nada habría que temer.

—Tal es mi opinión—repuso otra vez Ely.—Mi voto para el príncipe. ¿Qué decís á eso, de Vaux?

De Vaux dirigió al otro extremo de la mesa una mirada fija destinada á Hervey, el cual no había tomado parte en la conversación.

—Quisiera saber lo que piensa Hervey sobre el particular. ¿Compartís nuestros sentimientos con respecto al príncipe?

Teddy pareció despertar de un sueño. Sus pensamientos se habían encaminado á un objeto harto más agradable, y apenas se había dado cuenta de la corriente de la conversación.

—¿El duque de Cumberland?—dijo reanimándose.—Seguramente no me trocara por ninguno de vosotros en cuanto á lealtad para con su Alteza Real.

Cambiaron todos una mirada de satisfacción.

—¡Otro brindis, señores! Luego de beber á la salud de S. M. actual, bebo á la de nuestro rey Ernesto I.

—¡Ernesto II!—exclamaron los tres oficiales, y apuraron sus vasos.

Hervey, sorprendido, se detuvo; el

vaso no había aún llegado á sus labios. Luego, levantólo otra vez:

—¡A la salud de Ernesto I... de Hannóver!—gritó con satisfactoria resolución de su duda.

—No—dijo Sturmer extendiendo el brazo.—¡A la de Ernesto I, rey de la Gran Bretaña, y de Irlanda, defensor de la Fe!



CAPITULO V

UN PROBLEMA DE DERECHO CONSTITUCIONAL

HERVEY, inmóvil por la sorpresa y la indignación, soltó inconscientemente el vaso, que se rompió en mil pedazos sobre el pavimento.

Sturmer le observó con atención, fingiendo asimismo sorpresa.

—A buen seguro, señor Hervey, que no es esta la primera vez que se os habla de los derechos del príncipe al trono.

—¿De sus derechos? ¿Que derechos puede alegar mientras viva la princesa Victoria?

—¡Mas bajo, si os place! Debo recordaros que el duque de Cumber-